



**ENTREVISTA CON JUAN JOSÉ ARREOLA
EN LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIHUAHUA (VERANO 1977-1878)¹**

Luis Nava

L.N.- Hay una pregunta que me interesa mucho. Tal vez sea un poco de memoria, un poco clásica la pregunta. Anoche estaba relejendo «El guardagujas» y me preguntaba ¿cómo era Juan José Arreola escritor en «El guardagujas» y cómo es Juan José Arreola ahora? En la nueva modalidad, en la nueva imagen, con el público, con quienes lo conocimos en un principio con su *Confabulario*... Sobre todo con «El guardagujas», que a mi parecer es un cuento muy importante.

J.J.A.- Bueno, lo que ocurre ahora que viajo, que me encuentro viajando, me devuelve a la situación que dio origen a «El guardagujas». Porque «El guardagujas» procede de toda una serie de vivencias personales a partir de mi primer viaje por ferrocarril hecho en la infancia, a los seis años de edad, de Ciudad Guzmán a Guadalajara. Es una historia personal. Y luego todos los viajes sucesivos –por ejemplo, ir desde México a Manzanillo en veinticuatro horas–. Para mí el tren es el túnel que camina, el tren es un túnel y de ahí toda la serie de imágenes que se derivan de eso, ¿no? Pero quisiera referir una anécdota curiosa. Llegué a Ciudad Guzmán una mañana, hace de esto muchos años, fue por 1948. Y sin más ni más puse ahí en la sala de la casa, la casa natal, la máquina de escribir y una hoja papel y comencé a escribir de forma automática «El guardagujas», hacia las 11 de la mañana. Y a las 2 de la tarde lo había terminado, salvo un pasaje que me parece importante y chistoso que apareció después de que el cuento se publicara originalmente en el periódico, en el suplemento cultural de *Novedades*. Está hecho de vivencias personales que todavía persisten en mí, pero

¹ La presente entrevista a Juan José Arreola fue realizada por Luis Nava durante su estancia en la ciudad de Chihuahua. El maestro Nava me comenta que tuvo lugar entre el verano de 1977 y 1978. Gracias al maestro por el aporte de esta entrevista. Al final del encuentro intervienen dos entrevistadores, jóvenes universitarios. Se consignan también aquí sus preguntas y las respuestas de Arreola. La transcripción fue realizada por Iram Isáí Evangelista Ávila, profesor-investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua, México, en abril de 2018, para ser publicada en *Cuadernos del Hipogrifo*.

está colgado del arte de Kafka. Lo hermoso es que yo no me di cuenta, porque si yo me doy cuenta hago una imitación de Kafka, en cambio logré hacer un cuento kafkiano que parece ser un comentario a la obra de este gran escritor que tanto influyó en mí, porque procedo de una familia que tiene varios miembros kafkianos. Entonces hubo una conjunción: la experiencia personal y la experiencia literaria. Hasta después de que lo había escrito me di cuenta de que el cuento totalmente dependía de Kafka y, sin embargo, podía declarar su independencia. Y tan es así que una antología francesa lo publicó como una muestra del arte de Kafka, una antología importante, que en un momento agrupó tantos cuentos de orden fantástico, extraño, que llegó a ser un *Best seller* europeo, y en esa antología no figura un cuento de Kafka, porque los que la coleccionaron creyeron que «El guardagujas» explicaba el arte de Kafka. Y entonces es una muestra de que se puede depender de un gran artista, de un genio, pero no quedar aniquilado por él: tener una vida propia a pesar de eso. Entonces yo todavía vivo en la atmósfera de «El guardagujas», vivo en la atmósfera de la incertidumbre. Al salir de México lo hice en el avión, pero acabo de tomar hace quince días el tren, y otra vez al subir me entregué a las fuerzas del más allá: a la empresa, a la compañía o al clan del director del castillo de Kafka. Y este mismo día, al tomar el avión en Ciudad Juárez, era la misma situación kafkiana para mí y arreolesca total, porque es un fenómeno de coincidencia, de índole.

L.N.- De manera que, digamos, ¿el Juan José Arreola de la época de «El guardagujas» es el mismo de ahora en la época de, por así decirlo, «Canal 13»?

J.J.A.- Sí.

L.N.- Dos imágenes, ¿verdad?

J.J.A.- Dos imágenes tan distintas. Porque el Arreola de «El guardagujas» era un escritor que empezaba, digamos, a ser conocido, y por grupos originalmente pequeños. Ahora soy un hombre al que la televisión le ha trastornado la vida, y conste, lo quiero aclarar ante ustedes, que para mí es una situación que a veces llega a ser trágica: la de haber perdido la condición de un escritor aficionado, nunca profesional. La posición de un artista muy honesto y muy sincero y muy cuidadoso de su pequeño arte, para luego haberme canjeado de pronto, aparentemente, por ese personaje que a veces linda con el juglar y con el payaso en el sentido más elemental de la palabra (porque al payaso profundo yo lo respeto). Pero es un canje tan terrible para mí, que tanto me hace sufrir... Son más de veinte veces las que yo he querido romper con la televisión. Pero, por

otro lado, me di cuenta de que yo nací no para ser escritor sino para ser realmente un personaje juglaresco pero que hace prestidigitación con elementos culturales importantes, históricos, artísticos. Entonces sé que me ha sido dado por realizarme más allá de lo que yo creía, precisamente, perdiendo mi condición de artista orgulloso, aunque pequeño. Entonces yo sé lo que pasa a través de mí, porque no me considero más que un medio, una especie de aparato magnético más aplicado a la televisión, y que puede revivir en su ser los hechos ajenos, todo aquel tesoro que no le pertenece más que por una apropiación hecha gracias a la memoria. Entonces, difundir todo eso me parece una tarea importante, entonces me someto y sufro ante esa dicotomía de mi ser, pero en el fondo de mí mismo sigo siendo el autor de «El guardagujas» que acepta representar ese personaje que es el Juan José Arreola del «Canal 13», incluso el Juan José Arreola de las páginas de «El sol», que yo nunca puedo releer porque me apena haber incurrido en tantas debilidades de estilo. Porque si algo sé es tocar en el teclado de la lengua castellana. Y *llegar a perder los rigores* es cuando me permito libertades como estas que agrupa el librito (que no es libro, aunque tiene forma de libro), que se llama *Inventario*, donde aparezco en rojo y amarillo con la cabeza metida en un foco y con una gorra de ruso. Acepto eso aunque me duela, porque cumplo con una función dentro del proceso comunicativo. Como yo soy originalmente un confesionario pues me puedo confesar más en público. Cada vez que me da miedo morir en un accidente, como en avión, por ejemplo, puedo decir, «ya me he confesado mucho», aunque no tenga un sacerdote en la cabecera de mi cama. Ya en realidad me he confesado en mis libros, en mis artículos periodísticos y a través de la televisión (perdón, porque me fui a otro lado).

L.N.- ¿Cómo se siente usted como escritor con respecto al famoso movimiento literario conocido como el *boom* latinoamericano?

J.J.A.- Pues me siento completamente, cómo se podría decir, *un antípoda*, es lo que yo siento. Aunque ahora por la televisión yo aparezca como un escritor dizque conocido, yo sigo siendo un escritor general y profundamente desconocido, porque son muy pocas las personas que ven, más allá de mis artificios estilísticos, lo que hay de verdadera metafísica en el sentido de la palabra, en lo poco que he realizado. Así es de que yo soy el *antiboom*. Sencillamente en ningún momento quise aprovechar la oportunidad que tuve, tan grande. Desde hace casi veinticinco años, veinte años, veintidós, que Julio Cortázar me brindó su amistad en una carta hermosísima dirigida desde París, cuando él estaba leyendo allá mi *Confabulario*. Y tal vez por un instinto (a pesar de que yo estimo mucho el arte de Cortázar en su primera fase, en la segunda y

última que corresponde al *boom*), no he seguido a Cortázar ni a nadie. Entonces yo soy completamente una criatura más. Y siempre digo con toda humildad, aunque la frase es majestuosa, que *mi reino no es de ese mundo*. Yo poseo un pequeño principado que defenderé hasta el último momento. Y me creo capaz de volver a escribir páginas estrictas y sinceras que no tengan nada que ver con la publicidad y el escándalo literario. Si ahora ese librito, que es la colección de artículos publicados en «El sol», el *Inventario*, se presta a confusiones, yo quiero hacer una aclaración: yo, en ese sentido, he tenido que ser dos para servir mejor. Como lo he hecho en mis tareas de maestro de secundaria, de preparatoria, de universidad.

L.N.- Una pregunta que me interesa sobre todo es la de la *crítica literaria*. ¿Nunca ha sentido usted la tentación de hacer crítica literaria?

J.J.A.- ¿De ejercitarla? Sí, muchísimo, y soy culpable de no haber sido un buen crítico literario, no tengo la capacidad para hacerlo. Fui un lector infantil, juvenil y maduro, y me creo capaz de saber lo que es la literatura y algo de lo que es la poesía. Sin embargo, no he hecho crítica literaria más que accidental e incidentalmente, y casi siempre de manera verbal, muy pocas veces por escrito. Y no lo he hecho, fíjense ustedes, porque hay limitaciones graves en la persona: si yo emprendiera la tarea de revisar críticamente la literatura mexicana de 1910 para acá tendría que decir muchas cosas, y si las dijera de 1959 para acá, o de 1960 para acá, parecería que yo me convertiría en un crítico por haber fallado como un creador, digamos, como un autor, y eso no es cierto en mí. Pero no puedo evitar nunca ese temor de que yo tendría que pasar por *un envidioso del prestigio ajeno* al criticar obras que no merecen para mí el título de «Obras literarias» en el sentido legítimo y auténtico de la palabra. Porque si algo sé yo, lo digo sin vanidad, es lo que dije antes: saber bastante de la literatura y un poco acerca de la poesía. Pero yo sé que mi crítica siempre sería tomada como un acto vengativo, como una actitud de resentimiento, y como yo no soy un resentido – porque la vida me ha dado muchas cosas: amigos, tan recientes como ustedes y ya tan queridos– entonces no puedo ser un resentido, porque la vida me ha dado muchos dones aunque me ha privado de otro género de satisfacciones, por ejemplo, las del orden material y económico. Pero nunca he querido que se me confunda, porque no lo podría tolerar. Imagínese, yo acepto que se me diga «Arreola es un loco», «Es un irresponsable», «Es un místico», «Es un idealista», «Es completamente una criatura absurda», pero lo que no aceptaría es que se dijera «Arreola es un resentido», «Arreola está tratando de ejercer una revancha criticando obras o personas a quienes él envidia»

L.N.- ¿Ni por el Colegio Nacional?

J.J.A.- Ni por el Colegio Nacional, al que estuve a punto de entrar, aunque se me cerró la puerta. No guardo resentimiento. A la academia, como me la ofrecieron tan tarde, me negué resueltamente a entrar. Y ahora quisiera también no aceptar ningún honor corporativo. Lo único que me gustaría es que el Municipio de Zapotlán me nombrara «Hijo predilecto» de ese pueblo, entre tantos «hijos predilectos» con que ya cuenta, comenzando por José Clemente Orozco. Entonces por eso no he ejercido la crítica, pero la ejerzo continuamente en mis cursos en la universidad, que son los talleres de creación literaria. Allá hago crítica, en primer lugar, de los alumnos del taller, pero continuamente hago crítica de toda la literatura mexicana, latinoamericana, de lengua castellana en general y de la literatura europea que conozco. En eso sí hago continuamente una labor crítica. Pero que aparecieran artículos, ensayos míos o notas bibliográficas, no. Porque un sector muy grande de personas, de lectores creerían en eso, en que yo soy un resentido, en que yo no he podido hacer una buena novela, ni más buenos cuentos, ni buenas piezas de teatro. Y que entonces me dedico a criticar la obra ajena para llenar el vacío, para suplir la carencia de una obra propia y valiosa. Yo me considero un hombre cumplido y me puedo morir ya, porque he escrito poco, pero creo que la mayoría de mis páginas están bien escritas. Estoy tranquilo y contento, no me fue dado hacer una obra maestra, me contento con mi condición de artista menor pero de artista honrado y, sobre todo, la de artesano capaz de trabajar esa materia que es nuestro maravilloso vehículo: el castellano.

L.N.- ¿Usted piensa que existe crítica literaria en nuestro país?

J.J.A.- No. No, porque las personas que ejercen la crítica generalmente no son personas libres. Están ligadas a un grupo, por eso me duele perder la oportunidad. Como soy un hombre que no pertenece a un grupo, la única persona que yo conozco coetánea, coterránea y gemela en muchos sentidos a mí es Juan Rulfo, aunque seamos tan distintos, y a él le haya sido dado realizar obras mucho más consumadas que las mías. Es la única persona con la que yo tolero compañía. Por eso de que somos de la misma edad y región, y que los dos tuvimos la condición de no ser escritores profesionales, sino verdaderos aficionados, verdaderos «admirantes» de la literatura. Entonces, como hombre libre me duele no poder ser un crítico, porque estoy comprometido a causa de mi pequeña obra, si no hubiera escrito una sola página de eso que se llama *creación o literatura artística*, entonces sí sería ese hombre libre y capaz de hacer crítica. Creo que nos hace falta en México la crítica libre, porque siempre

nuestros críticos escriben, para citar el título de Alfonso Reyes, por *Simpatías y diferencias*, escriben por afecto o por rechazo, repulsión, y hace falta verdaderamente. Hay unos cuantos ensayos valiosos, pero nos hace falta realmente una crítica literaria. Pero también diría que nos hace falta ante todo una literatura, tan auténtica y tan notable como la pintura mexicana. Yo de la prosa estoy bastante descontento, pero sí admiro de manera total y profunda la poesía. Ya no más de mencionar los nombres de Ramón López Velarde y Carlos Pellicer me llena la boca. No creo que tengamos prosistas que tengan la dimensión de nuestros mejores artistas plásticos o, de alguna manera, si se pudiera hacer la comparación con nuestros grandes poetas.

L.N.- ¿Así que podríamos decir que en México existen escritores pero probablemente no exista literatura mexicana?

J.J.A.- Pues, yo casi me atrevería... Bueno, para no exagerar, yo digo que la literatura mexicana es muy joven, y siempre me gusta afirmarlo. Para mí nace realmente en 1910. Esto no es algo que tenga carácter demagógico revolucionario sino que es una conjunción. Para mí lo único que hizo realmente grande y maravilloso la Revolución Mexicana fue conjugar al pueblo. Gracias al movimiento revolucionario hubo un movimiento migratorio interno, y a Zapotlán el grande llegaron los *Yaquis* de Pancho Villa. Entonces yo sé que la persona de Yucatán supo que era compatriota del habitante de Chihuahua o de Coahuila. Entonces se hicieron canjes, incluso surgieron muchos matrimonios y muchos mestizajes dentro de nuestros distintos estados o regiones. Entonces México, como dice López Velarde, nace con ese movimiento. Y la página se las recomiendo para la releen, viene en *El minuterero* y se llama «Novedad de la patria». La «novedad de la patria» es para mí la novedad de la literatura mexicana. Entonces no se le puede exigir tanto a una literatura tan reciente, porque todo lo anterior es un magnífico equipo de precursores, pero que en principio siguieron las corrientes de la literatura española (como Sor Juana, que consume los procedimientos de Góngora, de Lope y de Quevedo y los lleva a lo más alto). También habría que mencionar a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa. Entonces los que siguen a Sor Juana en España y en Hispanoamérica son artistas definitivamente menores. Y luego al ocurrir el movimiento de independencia entra, naturalmente, un rechazo natural hacia todo lo que viene de España, y de pronto, nos echamos en brazos de los románticos y de los postrománticos franceses, alemanes y aun ingleses y aun italianos; y no tenemos realmente literatura que pudiéramos llamar original y realmente mexicana. Por ejemplo, a mí Joaquín Arcadio Pagaza, como antecedente de Manuel José Otón, siempre pues lo percibo ante todo como un retórico, como un manierista, ese término

que se utiliza en pintura, y no veo el surgir de la literatura mexicana más que en los poetas que preceden a López Velarde, porque González Martínez sigue líneas que pertenecen lo mismo a Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera y a otros poetas menores. Y luego se comprometen con el modernismo. Y López Velarde es realmente un postromántico original, un neorromántico retardado que, de pronto, siendo un hombre personalmente no revolucionario (por su apego tremendo a la provincia y al pasado) emprende la revolución poética y crea ya otro estilo, otra manera de decir las cosas, que luego va a continuar de manera muy distinta pero igualmente revolucionaria Carlos Pellicer, que publica su libro al año siguiente de la muerte de López Velarde.

(Se corta la entrevista y continúa con otra pregunta relativa a los jóvenes)

J.J.A.- Les hemos entregado un mundo lleno de confusión. Yo digo que a partir de la postguerra el joven realmente se ha sentido en desconcierto y nos han perdido mucho el respeto a los adultos del presente y a todos los adultos del pasado. Porque la historia desembocó en dos catástrofes que fueron la Primera y la Segunda Guerra Mundial entreveradas de otros tantos incidentes bélicos. Entonces realmente cumple a los jóvenes, aunque sea una responsabilidad excesiva, la de reformar este mundo en el que vivimos.

Entrevistadora 1.- ¿En qué basa usted la falta de respeto de la juventud?

J.J.A.- En lo que acabo de decir. Si nosotros les ponemos por el frente el mundo en que vivimos, los jóvenes no pueden respetarnos. Como si yo como padre individual quisiera o exigiera el respeto de mis hijos y ahora de mis nietos, no más por el hecho de ser padre y abuelo, ellos me podrían decir con toda justicia, en mi caso personal, «No eres respetable, abuelo. Porque no te has conducido como hombre, como un ser humano capaz de manifestar la aspiración humana en tu condición individual. Haz sido otro hombre equivocado, otro hombre implícito». Y esto que me podrían decir mis hijos y nietos se lo pueden decir todos los jóvenes y niños del mundo a todos los padres y abuelos del mundo, empezando por los que todavía vivimos hasta los más remotos, como fueron Eurípides y Aristóteles, que a pesar de tanto bueno que dijeron cometieron muchísimos errores, como los de los padres de la iglesia a quienes debemos veneración pero que también se equivocaron frecuentemente. Entonces, la rebeldía de los jóvenes se debe a que todos nuestros postulados, escritos temporales, no van de acuerdo con lo que hacemos. Nosotros exigimos respeto para nuestra persona y para una cultura pero no somos capaces de inspirar respeto. El respeto debe ser inspirado. No exigido.

Entrevistador 2.- La mujer mexicana, ¿cómo está participando en el desenvolvimiento de México, la vida, el progreso?

J.J.A.- Yo tengo experiencias, pocas, breves, pero muy ricas. He visto en México, en el centro cívico que funciona en ciudad satélite, en el centro que acabo de visitar en Ciudad Juárez –el Centro de Orientación para la Mujer Obrera–, y en otras tentativas iguales en la república (hasta creo que en mi propio pueblo), los centros de cultura cívica que empezaron a organizar las mujeres. Eso me importa mucho. Creo que la tarea más importante corresponde principalmente a la mujer, a la mujer que de cualquier edad que parece tomar del brazo al joven dispuesto a ser un reconstructor pero responsable de todas nuestras destrucciones, un corrector de todos nuestros errores. Yo creo que la nueva pareja humana cuyo principal ingrediente es la mujer, la mujer joven, tiene que ser maestra de la vida: es la que puede sacarnos de este aparente callejón sin salida, y digo *aparente* porque no dejo de ser optimista, porque los jóvenes rebeldes ante la autoridad de los adultos pueden cometer muchos errores y muchas injusticias que se parezcan demasiado a las de sus antecesores. Por eso están obligados a tomar conciencia, están obligados a despertar, están obligados a madurar antes de tiempo, están obligados a trabajar como trabajaron en épocas pasadas y a veces todavía actuales, los niños. Así como hemos puesto a trabajar injustamente a los niños, digo injustamente porque pagaban salarios increíblemente bajos y se les explotaba. Pero yo creo también, y debo decirlo ahora, que le tenemos odio a que los niños trabajen, porque trabajan por una obligación trágica. Pero si nosotros hacemos niños trabajadores, que trabajen felizmente sin ser castigados, sin ser explotados, creo que los niños, desde edad temprana, pueden contribuir a la creación de bienes como agricultores y como manufactureros. Los niños pueden tener una experiencia feliz con el trabajo y serían más felices si les diéramos esa clase de trabajo a canje de tanto trabajo escolar inútil porque todavía estamos enseñando cosas que no vale la pena que sean aprendidas, como la historia universal en cuanto a repertorio de crímenes y errores.

Entrevistador 2.- ¿Considera usted que los programas de los sistemas educativos en México se deben cambiar?

J.J.A.- Lo que se ha hecho en materia de reforma educativa no es más que el principio. Debemos reformar, ante todo, más que planes y programas y libros de texto, nuestro concepto de la Educación, nuestro concepto de la transmisión del *saber*. Como me dijeron unos profesores universitarios: «parecemos jarras que

van a llenar vasos». ¡No! Nosotros lo que debemos es mantener vivo, en el espíritu del niño, la voluntad del conocimiento. En la escuela lo que hacemos es aniquilarla a base de tareas obligatorias, a base castigos físicos o morales.

Entrevistadora 1.—¿Así debe ser, a su criterio?

J.J.A.— ¡Claro! La transmisión del saber debe ser completamente libre. Y nosotros los padres de familia decimos «mi hijo no puede con las matemáticas, con la gramática». Gramática y matemáticas, deben venir después. A los niños hay que enseñarles a leer y a contar, y hacer las primeras operaciones elementales de la aritmética como jugando. Gerundios, adverbios, verbos, adjetivos, complementos y lo que ustedes quieran lo hacen admirablemente sin saberlo, sin que sepan cómo se llaman los fenómenos del lenguaje. Lo único que debemos hacer es fomentar en ellos su posesión del lenguaje: que hablen más, que platiquen más libremente, que escriban más, que escriban todos los días, todo se les ocurre. Todo ser humano debe ser capaz de hablar y decir, aunque sea sordomudo. Pero nosotros debemos enseñar moral, debemos enseñar civismo. A nadie que escriba en este mundo le ha servido para nada la gramática.

(Los últimos cuatro minutos son escasamente audibles. Se necesitaría un equipo especializado para poder rescatar la última pregunta con respecto al pensamiento político de Juan José Arreola)².

² La transcripción de la entrevista y su revisión se terminaron el 25 de abril de 2018 (nota del investigador).